

Amor eterno

«Llegó el amor» quiere decir «llegó el dolor».
«Felicidad» quiere decir «felices no».
FREDDY, «VIVAMOS HOY»

Los despertó la radiante luz de la mañana que había invadido la habitación de ese hotel en Varadero. En medio de la cama, se miraron a los ojos, sonrieron y se sintieron infinitamente felices, por eso se estrecharon con fuerza, con ternura, con la ansiedad de quien sabe que posee algo que mañana o pasado no tendrá más. Hacía un año exacto que se habían conocido, cuando el azar los hizo coincidir en un acto público que ninguno de los dos había buscado: la presentación de un libro de poesía. Ella, porque un primo suyo la invitó, o, más bien, le pidió que fuera aquel viernes por la noche a la Casa de la Literatura Peruana. ¿La Casa de qué?, ¿qué era eso?, ¿dónde quedaba esa casa?, se preguntaba ella, pues lo suyo era la alta costura, y los viernes solía ir con las gerentas de algunas tiendas de moda a tomarse un trago. Él tenía esa tarde una cita con el intendente de Palacio de Gobierno para renovar el contrato de mantenimiento de material sanitario de la sede del gobierno nacional.

Ella no quería ir sola. Primero, porque no le gustaba el Centro. Segundo, porque siempre, desde el colegio, la poesía le parecía algo raro. ¿Qué quería decir eso de «Fue domingo en las claras orejas de mi burro» que a su profesor de Castellano le parecía la revelación de una verdad universal y por eso machacaba a toda la clase para que se aprendieran de memoria ese y otros versos? Llamó a un par de amigas proponiéndoles «una noche literaria», pero ambas estaban ya ocupadas. Él, tras la firma del contrato, sintió la satisfacción profesional a la que, sin vanidad, estaba acostumbrado, y le hubiese gustado proponer al intendente ir a tomarse una copa en el bar Cordano, lugar apenas unos cuantos metros más allá, pero, en esos tiempos de denuncias de casos de corrupción, era mejor evitar esas confianzas. Lástima, pues le parecía un tipo interesante, un intelectual, y antes que funcionario gubernamental parecía, por su cabello más bien largo y el abrigo que vestía, un artista y no un burócrata. Por eso, no le sorprendió que le obsequiara la tarjeta de invitación a una velada en la Casa de la Literatura Peruana, donde un buen amigo suyo presentaba un poemario. Desafortunadamente, no podía asistir porque el presidente había convocado a una reunión de trabajo sobre los gastos de mantenimiento de Palacio y él tenía que estar presente.

Al final, ella no se atrevió a decirle a Homero, su primo, que no iba a ir a la presentación de su libro, así que poco antes de las siete se encontraba, ligeramente contrariada, en el *hall* de la Estación de Desamparados, convertida desde hacía unos años en un centro cultural. Él, tras tomarse un trago en el Cordano, se sintió contento en la Casa de la Literatura Peruana ante la vista de estudiantes, curiosos amantes de las letras, algunos escritores cuyas fotos había visto en la prensa o en las solapas de los libros que tenía en casa. Se recordó a sí mismo en sus tiempos

juveniles cuando, tras terminar la secundaria, quiso seguir estudios universitarios de Literatura, vocación que sucumbió ante el pragmatismo de la carrera de Administración de Empresas.

Los pasillos estaban llenos de gente. Eran ya las siete, la hora anunciada para el inicio de la ceremonia y un ujier instó al público a ingresar a la sala donde tendría lugar la presentación. Él reconoció entonces al poeta, que firmaba autógrafos y saludaba a algunos de los presentes. Cayó entonces en cuenta de que se llamaba, nada más ni nada menos, como el gran aeda griego, el autor de la *Odisea* y de la *Ilíada*, Homero. Sonrió y se acercó a saludarlo, pero, justo en ese momento, Homero abrazaba efusivamente a una joven vestida como si estuviera en un desfile de modas y no en la antesala de una velada poética. El poeta y su prima miraron entonces al hombre elegante, que, con la mano tendida, sonreía. Homero se la estrechó rápidamente y, colocándose entre ambos y poniéndole un brazo sobre el hombro a cada uno, los hizo avanzar hasta la sala. Al llegar a la puerta, Homero le hizo una seña al ujier, quien los instaló en primera fila, uno al lado del otro. Sentados ya, ella lo quedó mirando como si viera en su rostro, en el fondo de sus ojos, algo a lo que ella no estaba acostumbrada. Sonriendo, le dijo que era prima de Homero, y le dio su nombre. Él lo repitió susurrándolo, le dijo también su nombre, sintiendo que algo le invadía el corazón. Ella le preguntó si acaso era poeta, él le respondió que sí. «Me encanta la poesía», dijo ella.

Sentado ante una mesa rodeado de dos contertulios, también vates, Homero fue alabado por sus pares, quienes prodigaron no pocos elogios al libro que presentaba, *Memoria de espejos*. La velada discurrió entre la evocación de los grandes poetas peruanos y la lectura, por el mismo Homero, de varios poemas de su libro. Al final de la ceremonia, los asistentes fueron invitados a un vino de honor. Entre «salud» y «salud», Homero se acercó a su prima, que departía con él. Le preguntó si era su novio, ella respondió que sí, Homero preguntó desde cuándo, él respondió que desde siempre, al tiempo que le pedía una dedicatoria en el ejemplar de *Memorias de espejos* que acababa de comprar.

Ella y él declinaron la invitación a continuar celebrando la publicación del poemario en algún restaurante y se retiraron abrazados hacia la plaza de Armas. Mientras se alejaban, escuchaban las voces de Homero y sus amigos, quienes, jacarandosos, avanzaban por la calle opuesta en pos de un taxi. Ya en la plaza, él hizo que se detuvieran junto a la fuente y le contó la historia de la diosa romana Fama, la escultura del personaje que la adorna con su larga trompeta. Debía ser medianoche pasada. Salvo un par de policías en una de las esquinas de Palacio de Gobierno, no había nadie más que ellos dos. Hacía frío, se sentía la humedad, lloviznaba. Él la vio estremecerse ligeramente, se quitó el saco y se lo puso en los hombros. Ella lo besó. «Debo decirte que no me gusta el Centro, si vine fue por mi primo», dijo. «Pero esta noche te gusta, ¿verdad?». «Sí, esta noche me encanta», respondió ella. «Me fascina contemplar los balcones», dijo él. «A mí también», dijo ella. Tomándola del talle, él la condujo de nuevo hacia la Casa de la Literatura Peruana. En la esquina del Cordano se desviaron a la derecha y avanzaron por la calle silenciosa, flanqueada de casonas silenciosas. Él le dijo que estaban en la zona más antigua de Lima. Ella murmuró que lo sabía. Él sonrió. «Es del siglo XVI», comentó él, señalando la fachada barroca

de la iglesia de San Francisco. Ella no dijo nada. Al frente, había un hotel e ingresaron. Tomaron una habitación. Ya en la cama, él le preguntó: «¿Has visto la lluvia caer sobre desnudos cuerpos que corren a la mar inalcanzable?». Ella respondió que no, pero que la había imaginado muchas veces. Él acotó que la frase era de su primo, un poema de su libro que hojeó durante la ceremonia. Ella lo abrazó, sonrió y susurró: «Fue domingo en las claras orejas de mi burro». Él también sonrió. Se durmieron abrazados, castamente, como dos niños.

Ambos sin compromiso sentimental, ambos profesionales independientes, ambos en ese momento de la existencia en el que las decepciones pueden olvidarse, pues la vida está en lo más pleno de la juventud. Y ambos, sin confesárselo, buscando el amor sin buscarlo. Nombraron a Homero padrino de su relación y este los colmó de augurios de felicidad. Ella les agradeció a sus amigas por no haberla acompañado a la Casa de la Literatura, él agradeció al intendente de Palacio de Gobierno. Su relación era fusional, pero se trataba de una fusión a su manera: sin decírselo, sentían de pronto que llegaban las ganas impostergables de verse y bastaba una llamada o un SMS para darse una cita, y la hora y el lugar eran fijados casi sin decírselo. Ella le presentó a sus amigas; él, a sus colegas más próximos, por lo que invitaciones a fiestas o a salidas nocturnas se hicieron frecuentes, como frecuente fue que los vieran de pronto marcharse de una reunión en la que parecían estar a gusto. Ella lo inició en las claves de la alta costura y del *prêt-à-porter*, él la llevó por los dominios del verso libre. Sus cuerpos no tardaron en conocerse y de reconocerse a ciegas, como lo hacen los viejos amantes.

El placer ocupaba una parte importante entre ellos, pero no cualquier placer, sino el que dedicaban a pensar en el placer que tendrían al volver a verse. La felicidad que los unía tenía algo de animal, de infantil, pues era sin proyección en el tiempo, se había arraigado en el presente perfecto, sin ningún otro tiempo gramatical. El de ellos era un amor de entrega total, por eso entre ellos no había promesas. No eran filósofos, pero sabían que no había felicidad eterna, pues nada dura para siempre. Ella nunca se lo dijo, pero algunas veces, al regresar de un fin de semana juntos o al volver a su casa tras haber pasado horas de entrega con él, era embargada por una honda tristeza y lloraba. Él tampoco nunca se lo dijo, lo de la tristeza y el llanto se lo guardaba para él, pues no quería causarle penas.

A ella le parecía que el tiempo pasaba rápido, demasiado, como la cuenta regresiva que con seguridad llegaría a cero. Él sentía que el tiempo era similar a la lluvia que caía sobre cuerpos desnudos, como en el poema de Homero. La Tierra dio una vuelta alrededor del Sol, las cuatro estaciones se sucedieron en el mundo, aunque ellos solo vieron que el cielo gris fue por un par de meses azul y de nuevo se volvió gris. Cuando fue inminente el aniversario de su encuentro, fueron, tarde una noche, a caminar por el Centro: se detuvieron junto a la fuente de la plaza de Armas. Ella le dijo que le fascinaba el Centro de Lima y le contó la historia de Fama y su larga trompeta. Él la escuchó con interés, le confesó que no hasta antes de conocerla no le gustaba el Centro, pero ahora le encantaba, rieron y se besaron. Avanzaron abrazados hacia la Casa de la Literatura Peruana, en la esquina del Cordano. Palacio de Gobierno era una mole inerte, llegaron

a la iglesia de San Francisco e ingresaron al hotel de enfrente, y en la habitación, en la cama, se entrelazaron y durmieron como dos niños.

Fue ella quien tomó la decisión de viajar a Cuba. Del hotel fue directamente a su oficina, llamó a una agencia de viajes y reservó una semana, partir del día siguiente, todos los servicios en primera clase: La Habana y Varadero. Enseguida ordenó a su secretaria que anulara todas sus citas. A él le envió un SMS informándole lo del viaje, pero él no canceló ninguno de sus compromisos, simplemente fue a su casa y preparó sus maletas. Al día siguiente, cuando caía la tarde, paseaban por las calles de La Habana Vieja, más enamorados que nunca. No llevaban cámara fotográfica ni celular, pero él le dijo que quería hacerle una foto. Ella posó delante de la catedral: con las manos, él simuló hacer una fotografía y la imagen de ella, sonriendo de espaldas a las líneas barrocas del templo. Se le quedó grabada para siempre. Visitaron los lugares más concurridos por los turistas, luego fueron a Varadero. Todo entre ellos era dicha, auténtica e insuperable. Nada de lo que pudieran vivir en el futuro podría hacerlos más felices, ni casarse ni tener hijos, ni ser millonarios, ni ser declarados nobles. No, estaban viviendo el apogeo de su amor.

Por eso, la primera noche que pasaron en Varadero se embriagaron con amor y ron, mientras escuchaban sones y boleros. Despertaron al mismo tiempo. Era casi mediodía, se miraron a los ojos, se besaron y abrazaron. Se ducharon juntos, luego, mientras ella se maquillaba, él se vistió, tomó su pasaporte, le dijo que iba a darse una vuelta, que regresaba en media hora para ir a almorzar. «Te espero, mi amor», le dijo ella llorando. Él salió a la calle, tomó una guagua hasta el aeropuerto José Martí y, como tenía previsto, se embarcó en un vuelo rumbo a una ciudad europea. Ambos, en su tristeza insondable, sabían que lo mejor que podía ocurrirles era la separación, dolorosa, sí, pero preferible a lo que les ocurriría unos años más tarde, cuando ya no hubiera amor: mediocridad y costumbre, desamor.